

Hora, Roy: *¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2018. 240 pp.

La posesión de la tierra, tanto por cuestiones políticas como económicas, ha despertado intensos debates, e incluso conflictos, a lo largo de la historia argentina. Desde su pasado colonial bajo el Virreinato del Río de la Plata, el actual territorio de la República Argentina ha basado su gran parte de su riqueza económica en la posesión y explotación de los frutos de sus tierras. El sector ganadero y el comercial, estrechamente vinculados, pero diametralmente enfrentados, basaron sus discrepancias en torno al proyecto económico que debía adoptar el país y sobre cómo debía explotarse el principal generador de divisas: el campo. El presente trabajo del historiador Roy Hora, investigador del CONICET, catedrático por la Universidad Nacional de Quilmes y especializado en temas referidos al sector terrateniente y agroexportador pampeano, intentará reconstruir los debates que se sucedieron en torno a la posesión de la tierra en esta región de la República Argentina. Se problematizará su rol con la formación de una ciudadanía democrática, interrelacionando el modelo económico con el político y social.

«¿Cómo pensaron el campo los argentinos? Y cómo pensarlo hoy, cuando ese campo ya no existe», posee un recorte temporal que abarca gran parte del siglo XIX y continúa hasta el siglo XXI, ubicando su principal desarrollo en los años transcurridos entre la batalla de Pavón en 1862 y el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955. El trabajo se encuentra dividido, además de su introducción, en cuatro capítulos de desarrollo: *La primera estación de nuestro debate sobre el campo. El latifundio como problema político*; *Una nueva imagen del campo. El latifundio como problema social*; *El fin de la utopía agraria. El latifundio como problema económico* y *El campo en nuestros días*. El ordenamiento responde a una división del debate sobre el campo en tres tiempos: el político, el social y el económico.

En el primer capítulo, *La primera estación de nuestro debate sobre el campo. El latifundio como problema político*, el autor expone el pensamiento del sector político triunfante tras el derrocamiento de Rosas en 1852. Influenciados por el pensamiento romántico-liberal de la llamada Generación del '37, estos hombres adoptaron una postura contraria a la que representaban los grandes hacendados de la campaña bonaerense, asociados no sólo al federalismo, sino a las políticas antidemocráticas y a la barbarización de la sociedad. La posesión de la tierra se transforma así en un problema político dado que, por un lado, este sector era el principal proveedor de materias primas en el mercado extranjero, pero, por el otro, representaba un escollo ideológico en la pretendida modernización del país. El proyecto *farmer* de finca familiar, es decir, la ansiada división y cercamiento de las tierras en pequeños núcleos productivos, traería prácticas más civilizadas a los habitantes de la campaña de la naciente república unificada.

El ideal *farmer* terminará chocando con dos realidades que harán que el latifundio prime como forma de posesión de la tierra en la llanura pampeana. Por un lado, la escasez de mano de obra rural y el consecuente aumento de los salarios les darán a los peones pocas razones por las cuales reclamar. Por otro lado, el arrendamiento se impuso como método productivo dentro de las grandes posesiones, resultando en una forma de tenencia ambigua y rendidora tanto para propietarios como para arrendatarios. Por otro lado, pese a que se acusó a los grandes latifundistas de escaparle a las innovaciones, la apertura comercial con Europa a través de barcos frigoríficos a finales de la década de 1870 dejaría de lado el debate sobre la reforma agraria, sumado a la expansión de la frontera agrícola. Empero, el autor expone que el ideal proyectado tras la batalla de Pavón en 1862 estipulaba una república libre de latifundios; es decir, si bien se toleró la posesión de grandes extensiones de tierra por una elite ganadera, el debate continuó a lo largo del siglo XX.

En el segundo capítulo, *Una nueva imagen del campo. El latifundio como problema social*, se pone de manifiesto la heterogeneidad del debate sobre la posesión de la tierra. Tanto la izquierda socialista y comunista (esta última, a partir de 1920), como los partidos políticos de centro derecha, reconocieron la variedad de actores y de conflictos de intereses que había entre ellos. Se evidencia la heterogeneidad de actores, rompiendo con los dualismos históricos que propuso la historiografía marxista argentina. Los intereses de propietarios y arrendatarios estuvieron muchas veces en sintonía, incluso cuando la lógica debería enfrentarlos. Esta falta de unidad entre los trabajadores rurales les restaban fuerzas a los reclamos sectoriales de la izquierda. Mientras que Europa tomó un giro hacia los beneficios ecológicos y productivos de la pequeña propiedad, en la República Argentina el debate continuó enfrentando opiniones diversas. Con el modelo agroexportador vigente y la balanza de pagos del país dependiente de la entrada de divisas generadas por el campo, la pretendida reforma agraria continuó siendo relegada de las medidas oficiales.

La llegada de la Gran Depresión en la década de 1930 daría por finalizadas las pujas oficiales de la izquierda argentina a favor de un modelo de tipo colectivista. Los conservadores, que dominaron el curso político del país hasta 1943, observaron las grandes migraciones hacia las ciudades y el crecimiento del desempleo en las zonas rurales del país. Por tal motivo, pese a posturas previas en defensa del latifundio, apoyaron la Ley Agraria 12.636 de 1940, que preveía la creación de un organismo gubernamental para identificar tierras sin explotar, o confiscadas, y su consecuente distribución a pequeños propietarios. La tierra, concebían presurosos por aumentar las exportaciones de materias primas para generar divisas, era para quienes la podían trabajar en beneficio individual y de la nación. El crecimiento urbano, sumado a la iniciada industrialización por sustitución de importaciones, fue otro de los motivos por los cuáles la productividad del campo fue necesaria. El autor, de esta manera, logra discutir con la corriente revisionista argentina, quien asoció a los conservadores con posturas meramente latifundistas, oligárquicas y antinacionales.

El tercer capítulo, *El fin de la utopía agraria. El latifundio como problema económico*, se centra en los debates que enfrentaron al entonces presidente Juan Domingo Perón, impulsor del modelo industrialista, con el sector agroganadero. Si bien había razones ideológicas asociadas al nacionalismo argentino, el enfrentamiento se debió principalmente a cuestiones de justicia social (ampliación de derechos de las clases populares urbanas y rurales) y por la dependencia del modelo industrialista de las divisas del campo. Empero, la reforma agraria generaría, en principio, una merma

en la productividad, lo que afectaría troncalmente al modelo industrialista. Por otro lado, el malestar con los grandes propietarios y la falta de estímulo a la producción agroganadera resultó, hacia 1948-1949, en un evidente retroceso de las divisas generadas por el campo. Sumado a esto, hacia 1952 una gran sequía daría el embate final a la postura primogénita de Perón de terminar con los latifundios, llegando incluso a defenderlos públicamente.

La caída de Perón en 1955 daría comienzo al modelo desarrollista, que incentivaría la incorporación de capitales privados tanto al sector manufacturero como agroganadero. La creación de organismos como el INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agraria) o el ingreso de nuevas tecnologías como maquinaria, exfoliantes y abonos generaría un incremento de la productividad del campo. Es decir, comienza así el período de capitalización de la llanura pampeana, donde los propietarios (grandes, medianos y pequeños), dependerían de inversiones y grandes capitales para generar los rendimientos que el mercado precisaba. Este sendero hará que los pequeños productores no puedan competir, derivando en la venta de sus tierras y generando un nuevo fenómeno de concentración, ahora a favor de la mediana propiedad rural y no ya del latifundio decimonónico.

Para concluir, el autor expone que el ideal *farmer*, pese a que se remonta hasta los orígenes del proyecto estatal moderno argentino, ha sido dejado de lado. Los beneficios productivos de la mediana y gran explotación agroganadera, en un nuevo modelo neoliberal, han dejado de lado en la opinión pública y en los sectores dirigentes a la reforma agraria. Si bien resuena su eco en algunos sectores políticos marginales, la merma de la productividad que conllevaría una reforma radical del sistema de tenencia de tierras, sumado a la necesidad cuasi preciosa del Estado argentino de las divisas del campo, vuelve a tal proyecto inviable. El proyecto *farmer* seguirá suscitando debates, por sus beneficios ambientales y organizativos, pero los medianos y pequeños productores han quedado desplazados por el fenómeno de capitalización del campo. Si bien el trabajo no ahonda en los perjuicios medioambientales que tales modelos generan, los historiadores interesados en temas relacionados a los sectores agroganaderos encontrarán aquí información valiosa para sus investigaciones. El autor logra discutir con las corrientes historiográficas tradicionales de la República Argentina, poniendo en debate cómo se ha pensado la división de la tierra y cómo ese debate, de alguna manera, ha ido perdiendo fuerza una vez afianzado el modelo productivo capitalista.

Nicolás Fernán Rey
Universidad del Salvador (USAL)
Nicomics27@outlook.es